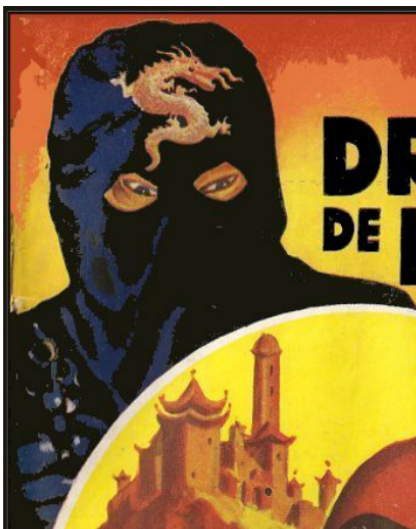


El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 10°

1'25 PESETAS

LA MONTAÑA MALDITA

Fidel Prado Duque

La montaña maldita

El dragon de fuego - 10



La montaña maldita



Capítulo primero

Una persecución feroz

LA trágica y oportuna aparición de los terribles «deggs» en la explanada, fue una providencial ayuda para Karus y sus amigos. Los fieros perros, no sólo limpiaron de enemigos el frente, sino que evitaron que pudiesen rematar su sangrienta obra aniquilándoles con sus cuchillos tan diestramente lanzados.

La distracción que el tremendo espectáculo produjo en el

profesor y en el chinito, fue breve. Había algo más importante para ellos que las vidas de aquellos fanáticos monjes y era la de Regis en inminente peligro de morir desplomado en la horrible sima.

Mientras los monjes peleaban y huían, Karus, angustiado, se asomó al borde de la cortada, distinguiendo el cuerpo de su fiel criado pendiente del abismo a dos metros de él, y con voz estrangulada por la emoción, suplicó:

—Tente firme, Regis, vamos a intentar elevar la cuerda.

El criado, aferrado nerviosamente a las lazadas en las que había introducido sus manos que se agarraban como garfios, temió que las fuerzas de sus dos amigos reunidas de nada sirviesen para elevar un peso como el suyo y contestó:

—Un momento, profesor, no intente nada de momento. No podrían elevarme y la cuerda se rozaría y caería al abismo.

—¿Cómo vamos a dejarte ahí?

—Escúcheme y no pierdan tiempo. Voy a intentar ascender ganando una a una las lazadas que faltan hasta llegar ahí, pero para ayudarme mejor, hagan una cosa. Con la cuerda que les queda, háganle dos lazadas iguales a estas en las puntas y bajen la cuerda sujetándola por el centro. Me servirán para meter los pies y ayudarme a aliviar el peso de la cuerda. Pueden ir tirando a medida que yo suba y así me será más fácil hacerlo.

Karus, comprendiendo la idea de su criado, se apresuró a hacer las lazadas suficientemente holgadas para que Regis pudiese introducir los pies en ellas. Luego, pasó la cuerda por el árbol para que no se le escapase y arrojó las puntas a la altura de los pies del bravo criado, hasta que éste consiguió introducirlos en los huecos formados por las lazadas.

Esto le sirvió de gran alivio para sus brazos, tremantes de la horrible tensión que suponía permanecer colgado de ellos. El peso de su cuerpo descansó en la nueva cuerda y se sintió más ágil para mover los brazos y alcanzar las lazadas siguientes.

Cuando se dispuso a emprender la peligrosa ascensión, preguntó:

—¿Pasó el peligro, profesor?

—Para nosotros, sí. Los monjes han huido y los que no, están sirviendo de almuerzo a esas fieras carnívoras.

—Entonces vayan tirando de la cuerda a medida que yo consiga

elevarme. Me es muy necesario hacer hincapié en los lados para poder subir.

Con estudiada precaución, Karus y el chino cada uno con un lado de la cuerda en la mano, fueron tirando hacia arriba y de esta forma, Regis, más ligero de movimientos, fue ganando una a una las lazadas hasta conseguir tras grandes esfuerzos y sudores asomar al borde de la cortada.

Ya allí, tirando con fuerza de las cuerdas, consiguieron irle elevando hasta sacar medio cuerpo fuera y poder librarse del tremendo peligro que había corrido.

Cuando en un último esfuerzo consiguió verse en roca firme, se dejó caer aplanado sobre ella, murmurando:

—Creo que nunca he sentido la sensación de la muerte tan cerca como en estos últimos minutos vividos. Creí que, mis fuerzas no llegarían a resistir la ascensión.

—Y yo también, Regis —declaró conmovido Karus— he pasado las mismas angustias que si me hubiese encontrado en tu lugar.

—Gracias, profesor. Ya sé que me quiere usted mucho y que hubiese sentido mi muerte tanto como yo la de usted, pero al parecer tenemos el pellejo muy duro y no es tan fácil arrancárnoslo.

El profesor afirmó:

Creo que nuestra salvación se la debemos a esas asquerosas alimañas de «deggs». No sé de dónde diablos han podido surgir tan a tiempo para convertirse en nuestros aliados. Sin ellas, nos hubiesen pasado a cuchillo.

—Fue una inspiración que tuve al intentar cruzar la sima. Se me ocurrió abrir la jaula y como verán, debí estar inspirado por Dios al hacerlo.

Tendió la vista por la explanada y quedó horrorizado del espectáculo. Los feroces perros, se debatían en torno a los despojos con los que habían satisfecho el hambre atrasada que sus propias víctimas les habían hecho pasar.

El profesor, asqueado y compadecido, tomó el revólver diciendo:

—Vamos a acabar con ellos. Regis. No es humano permitir que sigan con ese festín macabro.

El criado, detuvo su brazo afirmando.

—Lo siento, señor, pero no puedo permitirle que los elimine Sin

esa muralla de dientes y uñas, los monjes volverían y el peligro aunque menor continuaría. Mientras los perros nos guarden las espaldas, estaremos más seguros.

Karus bajó el arma, convencido por las razones de su fiel criado.

—Es cierto... mi idea era piadosa, pero...

Regis seguía contemplando a los perros desde el borde de la cortada. Aunque ya se había visto frente a ellos algunas veces, nunca había tenido la ocasión de contemplarlos a su sabor, tan de cerca y sin peligro alguno.

—¡Son horribles!... —murmuró—. ¿Cómo se apañarán estos diablos negros para amaestrarles y librarse de su ferocidad?

—Cualquiera lo sabe —contestó el profesor—, no me prestaría yo a intentar domesticar a ninguno.

Pasado el momento de agobio y fatiga, se imponía tomar medidas radicales. Estaban a salvo de los monjes o por lo menos creían estarlo, pero se les enfrentaba un problema bastante agudo. El de huir de allí y el de procurarse alimentos para las terribles jornadas que seguramente estarían acechándoles.

—Recojamos las cuerdas, profesor —dijo Regis—, nos han salvado la vida y no podemos asegurar que no vuelvan a sernos útiles de nuevo.

—Tienes razón. Y ahora que hablas, reconozco lo previsor que fuiste haciendo estas lazadas. Sin ellas, a estas horas estarías en el fondo de esa horrible sima.

Mientras desataban las cuerdas del árbol, Kao, que no se podía sustraer a la fascinación que ejercían sobre él los terribles «deggs», contemplaba con asco y angustia su salvaje en ensañamiento con los despojos de sus víctimas y en un impulso humano, tomó una gran piedra y la lanzó con todas sus fuerzas sobre uno de los perros que al borde de la cortada peleaba furiosamente con un cuerpo humano envuelto en harapos sangrientos tratando de desembarazarse de ellos.

La piedra, bien dirigida, dio de lleno en la cabeza del can el cual, soltando su presa se quedó clavado en el borde de la sima, gruñendo horriblemente y mirando al muchacho con sus ojos malignos y rojizos.

Kao, impresionado, tomó una nueva piedra y la arrojó con rabia

sobre el «deggs» acertándole en el pecho. El perro, furioso, con el ansia de la destrucción en las pupilas, se replegó de espaldas sobre la explanada con las patas delanteras estiradas y el cuerpo encogido en actitud de saltar.

Kao se dió cuenta de la intención del perro y lanzando un agudo chillido, se echó para atrás advirtiéndolo:

—¡Cuidado!... ¡Cuidado! ¡Que salta!

Karus y Regis se volvieron rápidos; el primero, empuñando un revólver y el segundo con un cuchillo, en el momento en que una larga sombra, describiendo una perfecta parábola en el vacío, saltaba con precisión salvando de un formidable impulso la distancia que separaba ambas orillas de la cortada.

Regis, captando el terrible peligro alargó el brazo armado con el agudo cuchillo y el perro que había saltado con el espacio justo para poner pie en la orilla opuesta, cayó justamente junto a Regis.

Pero éste había calculado bien el golpe y el arma se hundió en el pecho del feroz can, el cual perdiendo el equilibrio, lanzó un aullido espantoso y dando una vuelta en el aire cayó en el vacío perdiéndose en el abismo. Los tres paralizados por el terror, enmudecieron y a sus oídos llegó, esfumándose raudamente, el choque del cuerpo del perro sobre las paredes de abismo y sus aullidos cada vez más débiles.

—¡De buena nos hemos librado! —murmuro Regis, limpiándose el sudor que inundaba su rostro. ¡Por Dios, vamos pronto de aquí, no se repita el caso!

Se ataron las cuerdas alrededor de la cintura y con los revólveres preparados contra cualquier nueva contingencia, emprendieron la marcha.

La montaña, en todo lo que alcanzaban a divisar se componía de una serie de estribaciones unidas unas a otras que formaban una cadena áspera y peligrosa. La vegetación era escasa, pero se observaban algunos pinos raquíticos y otras clases de arbustos parásitos propios de las alturas secas y frías y de tierra dura.

Nada indicaba que pudiesen hallar ningún sendero practicable. Aquello no debía ser frecuentado y en camino que se les presentaba para poder dejar atrás aquellas terribles estribaciones no era muy halagüeño.

Pero como todo era preferible a permanecer cerca del monasterio, emprendieron animosos el camino, buscando los sitios menos ásperos y expuestos para descender.

—Mal terreno para una excursión, Regis —afirmó humorístico el profesor—. Me temo que tengamos que poner muy a prueba nuestros conocimientos alpinísticos.

—Los pondremos, profesor, pero haga el favor de quitarse ese precioso hábito que me crispa los nervios. No quiero saber nada de monjes negros ni rubios.

Karus, que aún llevaba encima el hábito del Gran Sacerdote, se despojó de él arrojándolo por una hendidura.

—Ya está satisfecho tu deseo. Andando.

Lentamente, cuidando de buscar los sitios menos peligrosos, empezaron a internarse por unos horribles vericuetos, sin saber a dónde conducían ni dónde morirían. Caminaban a la buena de Dios y su único deseo era descender al llano para apartarse de aquellos peligrosos lugares.

—Si pudiésemos alcanzar el río —insinuó el criado—. No nos sería tan penoso llegar a Lanchen.

—Pero si no estoy equivocado —dijo Karus—, el río cae al lado contrario. Con alcanzar la llanura podemos darnos por satisfechos.

Penosamente continuaron la marcha. Les dolían los pies terriblemente y estaban muertos de sueño, pero no se atrevían a detenerse hasta que no pusieran la mayor distancia posible entre el monasterio y sus personas.

A la caída de la tarde, Regis descubrió unas moreras salvajes, y aprovechándose de su dulce fruto, comieron hasta saciar el hambre devoradora que les dominaba desde hacía tantas horas.

Lo que no encontraron fue agua y hubieron de conformarse, con lo poco que habían aplacado su sed las dulces moras.

La temperatura empezaba a descender de un modo alarmante y debían procurarse un refugio y si ora posible un buen fuego para evitarse morir helados,



Lentamente, cuidando de buscar los puntos viejos peligrosos...

Tras una angustiosa rebusca, encontraron una gruta de regulares dimensiones que podía servirles de cobijo contra el aire helado que empezaba a soplar del norte, pero aquello no era bastante y con gran afán se dedicaron a buscar leña que, aunque no muy abundante no faltaba por los alrededores.

Amontonaron ramas y hojarasca seca y con los yesqueros la prendieron fuego a la puerta de la gruta. Luego se sentaron alrededor de ella y mientras uno se cuidaba de alimentarla, los otros dos descabezaban como mejor podían el sueño.

A pesar de la fogata, pasaron una noche terrible y cuando por fin lució de nuevo el sol, salieron a estirar sus entumecidos miembros.

Se disponían a emprender a marcha, cuando Kao, que poseía un

oído muy agudo, se envaró y haciendo señas a sus amigos, murmuró:

—¿Oyen?

Los tres se quedaron en actitud expectante y poco después, llegaban a sus oídos, muy débiles, pero bastante captables, los agudos sonos de unos cuernos que vibraban haciendo rebotar sus ecos por la montaña y algunos amortiguados ladridos.

—¡Ya empezó la caza! —murmuró Regis—. Se avisan con sus malditas trompetas y los «deggs» recorren la montaña. Mucho me temo que nos hayan encerrado otra vez dentro de esta horrible trampa.

—Nos abriremos paso —afirmó el profesor con fe—. Ahora estamos armados.

—Dios le oiga, profesor, pero no me atrevería yo a asegurar tanto. Habrán movilizado quién sabe los cientos de monjes y perros y la caza va a resultar demasiado desigual.

—No te aplanes y adelante. Nosotros no somos tres vulgares chinos, sino tres tigres muy difíciles de vencer.

Escucharon con atención y guiándose por las vibraciones de los cuernos de alarma, empezaron a alejarse de ellos buscando los pasos que se abrían al lado contrario.

Seguramente no toda la montaña sería asequible a la batida y acaso tampoco pudiesen abarcarla por sus cuatro costados y si así era, podían escapar por el punto más vulnerable a las pesquisas.

Éstos les impedían buscar pasos más fáciles y tenían que amoldarse a los que se les presentaban en la ruta más alejada a sus enemigos.

Pero a pesar de esta precaución, no conseguían dejarlos de lado. Poco a poco, los cuernos vibraban más cerca y los ladridos de los «deggs» se percibían con más claridad.

—Nos van a copar, profesor —afirmó Regis, rechinando los dientes con ira—. ¿No observa usted como van estrechando el círculo?

—Ya lo noto, Regis, pero no podemos hacer más que hacemos.

Siguieron avanzando por sitios inverosímiles, expuestos a rodar por los terribles desniveles del terreno, pero el miedo ponía alas en sus pies y ánimos en su alma, aunque alguno, como el chinito,

empezaba a manifestar el cansancio y el agotamiento.

—¿Te sientes mal, pequeño? —preguntó Regis, solícito.

—Tener sed, honorable señor. Si hubiera agua...

—Animo, muchacho —dijo Regis, cariñosamente—. No tardaremos en encontrarla. No concibo una montaña sin agua.

Kao nada dijo, pero continuó arrastrando sus pies por la dura roca en un supremo esfuerzo de voluntad.

Estaban descendiendo. No sabían hacía donde, pero descendían. La montaña parecía hendirse gradualmente por aquel lado y conforme bajaban a fuerza de voluntad, iban notando que el frío era menos molesto.

Pero por su izquierda aumentaban las vibraciones de alarma y aunque trataban de correrse a la derecha, no lo conseguían porque los farallones que se alzaban a su paso les empujaban en línea recta.

—Me parece que la trampa se estrecha —dijo Regis—. ¿No lo observa usted, profesor?

—Sí, pero no podemos elegir otro camino. Marchemos todo la aprisa que podamos.

Hicieron nuevos esfuerzos y continuaron bajando por el áspero declive. Las señales de alarma se acercaban peligrosamente y ningún refugio seguro se mostraba a sus ojos.

De pronto, Kao se paró y extendiendo la mano a su derecha, exclamó con voz desfallecida:

—¡Agua!... ¡Siento el agua!

Se detuvieron escuchando. En afecto, el sordo murmullo de un manantial o catarata llegaba a sus oídos.

—Corramos hacia ese lado dijo el profesor. —Si bebemos un poco, acaso tomemos más fuerzas para seguir. Yo también estoy más seco que un canto.

Guiados por el murmullo se corrieron hacia unas grietas, haciendo esfuerzos terribles para salvar los obstáculos que se les presentaban y pronto el rumor de la caída del agua se hizo más vivo, así como la presencia de una vegetación más rica les anunció que se encontraban en terreno húmedo.

Por fisuras estrechas y agudas, cruzaron rebordes estrechos y peligrosos y sorteando una serie de obstáculos terribles se fueron aproximando a la cascada. La proximidad de ésta encendió más su

sed y hubiesen dado media vida por estar ya junto a ella.

Por fin, al bordear un alto farallón que se erguía surgiendo de un abismo mareante, se enfrentaron con el salto de agua. Éste brotaba entre las peñas descendiendo verticalmente, para caer en un estrecho reducto donde formaba remolinos de rugiente espuma.

Acercarse a la cascada era imposible. Nacía en la lisa pared a muchos metros de distancia y descender al cauce parecía una locura, pues para llegar al fondo había que salvar una rampa casi vertical de más de ocho metros de altura.

Desencantados se quedaron contemplando el agua con ojos desorbitados. Al alcance de sus manos tenían el líquido anhelado, pero la Naturaleza salvaje se oponía a sus deseos.

Rígidos y tristes contemplaban la sugestiva caída del agua, cuando unos agudos ladridos sonaron a su izquierda con más intensidad. Los perros debían haberles olfateado y ahora seguían una pista certera salvando los obstáculos que se oponían a su paso.

—Estamos perdidos —murmuró el profesor—. No podemos retroceder ni avanzar. Esta maldita catarata será nuestra tumba.

Regis miró a un lado y a otro como una fiera acorralada y después de un momento de vacilación, afirmó enérgico:

—¡Nunca! Yo no me doy por vencido hasta que no esté muerto. Hay una solución aunque muy expuesta y debemos tomarla.

—¿Cuál? —preguntó Karus mirándole con ojos desorbitados.

—Lanzarnos a la torrentera y seguirla hasta donde nos sea posible. Los perros quedarán desorientados y nosotros no sólo podremos saciar la sed, sino poner una muralla entre ellos y nosotros.

—¿Eres tan suicida que te arrojarás a ese torrente desde ocho metros, sin saber qué fondo tiene? No, yo no lo haré.

—Escuche, profesor, hay otro modo de bajar. No se deje vencer por el pesimismo y ayúdeme.

Tomó las cuerdas. Las ató sólidamente por las puntas, formando una sola y luego, dirigiéndose a un enorme árbol que crecía casi al borde de la escarpada, la pasó por el tronco dejando que ambas puntas colgasen hacia el fondo del torrente.

—Nos deslizaremos por ella hasta alcanzar el agua. Luego tiraremos de una punta y nos llevaremos la cuerda. Si llegan hasta

aquí, no sabrán cómo hemos bajado ni se atreverán a hacerlo y podremos intentar la salvación. No hay otra salida.

Karus, comprendiéndolo así, reaccionó y dijo:

—Tienes razón, todo antes que entregarnos pasivamente en las manos de nuestros perseguidores.

Dando el ejemplo, se aferró a la cuerda y como parte de ésta conservaba las lazadas, las aprovechó para un descenso menos violento, mientras los ladridos de los perros y el vibrar de los cuernos de alarma, se acercaban a ellos.

Capítulo segundo

La torrentera trágica

CUANDO el profesor logró alcanzar el cauce de la corriente, lanzó un grito de rabia.

—Daos prisa, por favor, esta agua está helada y no se puede permanecer aquí parado.

La corriente, rápida y turbulenta, pugnaba por arrastrarle y Karus, aferrado a un saliente roquizo, hacía desesperados esfuerzos por no dejarse arrastrar lejos de sus compañeros.

Kao descendió detrás del profesor y cuando tocó agua, Regis se dejó deslizar por la cuerda, para después tirar ésta del saliente y borrar todas las huellas de su audaz fuga.

Karus tenía razón; el agua, procedente de algún glaciar de la montaña, parecía un témpano de hielo y los tres intrépidos aventureros temblaban al sentir en sus carnes el zarpazo brutal del frío.

Antes de dejarse arrastrar por la turbonada, Regis advirtió:

—Lo mejor será que metamos un brazo por una de estas lazadas y nos dejemos llevar unidos. Así, no corremos peligro de distanciarnos. El agua lleva una velocidad enorme y va a resultar muy difícil nadar agrupados.

Siguiendo el consejo, introdujeron el brazo por una de anillas,

procurando guardar la mayor distancia entre sí y por fin, se dejaron llevar de la corriente.

Aunque solamente tenían que preocuparse de mantenerse en el estrecho centro de la barranca, este trabajo les causaba molestias terribles por la frialdad del agua, pero el ansia de distanciarse de sus feroces perseguidores les prestaba ánimos y fuerzas para soportar aquel agudo tormento.

La navegación a través de aquel agudo paso no era nada fácil. El cauce estrecho, desigual y tortuoso, constituía un constante peligro para sus miembros, pues la violencia del agua les empujaba brutalmente de un lado para otro amenazándoles con estrellarles contra los cantiles al más leve desfallecimiento.

El profesor no hacía más que dirigir la vista a los lados buscando ansiosamente un sitio bajo donde poder salir a tierra, pero sus deseos se veían fallidos porque el barranco, no sólo no presentaba orillas asequibles, sino que a veces parecía hundirse aún más, levantando ante ellos terribles e inexpugnables murallones de roca.

Poco a poco notaban que sus miembros se movían con más rigidez. La frialdad del líquido elemento se filtraba en sus carnes produciendo la sensación de agudos cuchillos y temían que no tardando mucho se viesan imposibilitados de moverse en aquella corriente mortal.

—Regis —gritó Karus, tratando de dominar el estruendo que producía la corriente—. Si no encontramos pronto un sitio donde tomar tierra, me temo que quedemos aquí congelados. Yo ya no sé de quién son mis brazos.

—Lo comprendo, señor, pero no veo un lugar adecuado. Animo y no desmayar.

A Regis, quien más cuidado le inspiraba era Kao. El chinito, de estructura más débil, casi se dejaba arrastrar por la corriente zambulléndose de vez en vez en el agua sin poder mantenerse a flote.

El criado trataba de animarle con frases alentadoras y el muchacho, sin lanzar una leve queja, sonreía infantilmente, pero a cada momento se encontraba más aprisionado por aquel frío glacial que le dominaba.

El criado, angustiado, temiéndose lo peor para sus amigos,

avizoraba el paisaje sacando la cabeza del agua todo lo que podía, pero las paredes de la barranca seguían mostrándose erguidas y tersas, sin presentar un bajo sobre el que poder salir a flote.

De pronto, observó que la barranca formaba un recodo violento. A unos cien metros, el agua batía con horrible fuerza sobre los cantiles que le cerraban la línea recta y tras rebotar sobre la dura pared, volvía al cauce entre remolinos de densa espuma para virar a la derecha siguiendo su nuevo curso.

El criado, dándose cuenta del horrible peligro que significaba ser arrojados contra el alud, gritó:

—¡Cuidado!...¡Se presenta una curva muy pronunciada y podemos estrellarnos! Sosténganse en la corriente lo mejor que puedan y cíñanse al lado derecho para que no les arroje sobre los cantiles.

Sacó el brazo de la lazada de la cuerda para maniobrar con más soltura y en caso de peligro poder prestar ayuda a sus amigos y trató de ganar la delantera, pero no lo consiguió. Antes de que lograra adelantarse a ellos, la corriente les había empujado hacia el recodo, envolviéndoles en el oleaje de espuma que se formaba al batir el agua sobre la piedra.

Por un momento estuvieron a punto de ser proyectados contra la dura pared, pero Regis, pudo asir la cuerda y tirar hacia él, manteniéndoles alejados del terrible peligro por muy pocos centímetros.

El remolino les tomó de nuevo en su curva y les lanzó al centro de la corriente, dejando vertiginosamente atrás el peligroso recodo.

Pero apenas si habían tenido tiempo de tomar un respiro cuando un alarido salvaje de Regis les advirtió que algo terrible volvía a amenazarles.

Los infelices levantaron la cabeza y quedaron aterrados al observar que frente a ellos, se cerraba el paisaje con un enorme alud y que el agua desaparecía en el interior de la roca, por un negro y estrecho túnel.

Nada parecía poder evitar que fueran absorbidos por la negra sima. La corriente, como tirada por manos invisibles, adquiriría mayor rapidez y los tres rectamente, iban derechos a la muerte para ser absorbidos por el monstruoso agujero.

El profesor lanzó un grito de angustia y Regis, con los ojos desorbitados, realizó un último y heroico esfuerzo. Un saliente de roca al lado derecho cortaba un poco el cauce y el bravo criado, con la cuerda sujeta por un brazo y nadando briosamente con el otro, procuró tomar como tope aquel saliente. Si no lo conseguía, les tres serían arrastrados dentro del túnel y allí habrían concluido sus emocionantes aventuras.

La suerte le favoreció. Una onda le ayudó a acercarse a la arista rocosa y con toda su desesperación se aferró a ella, chocando brutalmente con el cuerpo.

La cuerda se tensionó en su brazo hasta parecer que iba a arrancárselo por el brutal esfuerzo, pero Karus y el chino quedaron detenidos en el agua a menos de veinte metros del agujero fatal.

El criado, desfallecido, hizo un último esfuerzo y logró subir sobre el saliente. Luego, tiró de la cuerda luchando contra la fuerza de la corriente hasta lograr atraer a sus amigos y subirles a su lado.

Los tres, como tres fardos, se dejaron caer sobre la dura y húmeda peña. Estaban rígidos y ateridos y carecían ya de fuerzas para moverse.

Pero Regis, dándose cuenta de lo peligrosa que era una inmovilidad después de aquel baño frígido, les sacudió brutalmente con el pie, gritando:

—¡Arriba!... ¡Arriba!... No se estén ahí quietos o morirán congelados. Hagan ejercicio como yo para restablecer la circulación de la sangre.

Tuvo que ayudarles a ponerse en pie y animados por su ejemplo, sacaron fuerzas de flaqueza y dieron comienzo a un ejercicio violento, que les ayudase a dar movimiento a la sangre y a los músculos.

Los brazos y las piernas les dolían horriblemente a cada intento, pero el instinto de conservación les advirtió que debían sobreponerse a los dolores físicos si querían conservar sus vidas.

Un sol pálido pero estival, descendía al interior de la barranca y Regis se despojó rápidamente de sus mojadas ropas para ejercitar sus movimientos con más desahogo y poderse secar un poco al sol.

Imitado por sus compañeros, pronto empezaron a recobrar las energías y media hora después, un calor enorme, el calor de la

reacción, abrasaba sus cuerpos desnudos. Fue entonces cuando el profesor, recobrando el uso de la palabra se acercó al criado y poniendo su mano en el hombro de aquel ser extraordinario y enérgico, que no se dejaba abatir por los más supremos peligros, murmuró:

—Gracias, Regis; otra vez te debemos la vida. Es un saldo muy difícil de poder pagar nunca.

—No diga usted tonterías, profesor —exclamó él—. Todos hemos hecho lo que hemos podido. No hace muchas horas, era Kao el que nos salvaba; mañana puede ser usted, todo es cuestión de suerte.

—Bien, pero... Nos hemos salvado de dos peligros inmediatos, los monjes y la catarata, pero ahora tenemos en frente otro tan terrible que no sé cómo le vamos a poder salvar si no tenemos medios para ello.

—Mientras hay vida hay esperanza... ¿Qué hemos perdido en esta nueva tragedia?

—No sé. Yo conservo el revólver y las cápsulas, pero...

—Igual yo. En este momento no nos sirven de nada porque estarán empapadas, pero ya se secarán. Ahora, lo que importa es saber cómo vamos a poder salir de aquí.

Regis se dedicó a examinar el talud que les impedía abandonar aquel trágico barranco y en su observación descubrió que la parte rocosa había quedado atrás y que ahora el terreno se mostraba menos duro.

La pared bastante inclinada hacia afuera, tendría unos ocho metros de altura y el criado estudiaba con suma atención las erosiones que presentaba en su frente.

—¿Qué miras? —preguntó Karus—. ¿Pretendes gatear por ella como un puma?

—Tanto como gatear, no, pero acaso fuera empresa posible ganar el borde aprovechando las erosiones y salientes que presenta, hay que intentarlo y lo voy a iniciar yo.

—¿Tú crees que nos será fácil subir a todos en el problemático caso que lo consigas?



La corriente, rápida y turbulenta, pugnaba por arrastrarles...

—Sí, porque voy a subir con la cuerda atada a la cintura. Si pongo pie arriba con la cuerda, puedo ayudarles a ustedes a subir.

Sin hacer caso de los sabios consejos del profesor que le advertía del terrible peligro que iba a correr, Regis se lanzó a la ardua empresa de escalar aquel terraplén trágico. A la menor vacilación, al menor paso en falso al más pequeño desmoronamiento de tierra

donde se afianzase, caería en el vacío y la mortal corriente le arrastraría en el negro agujero para siempre.

Pero el criado, bravo y decidido, despreciando todas las advertencias, se arrimó a la pared y empezó el peligroso ascenso.

Lentamente, cuidando mucho donde ponía los pies y donde afianzaba las manos, empezó a ganar terreno. Fue una labor paciente y agotadora que tensionaba todos los músculos y agotaba sus exuberantes energías el ir dejando debajo de él metro a metro, la hostil pared en busca de la anhelada cima.

Más de una hora tardó en llegar al borde de la cortada. Parecía imposible que con su pesada humanidad pudiese aprovechar los débiles puntos de apoyo que iba eligiendo para ganar altura, pero su habilidad, paciencia y resistencia obraron el milagro de poder alcanzarla.

Cuando, por fin, pudo sacar el cuerpo fuera del borde y en un último en fuerzo apoyar el vientre sobre la arista del farallón para saltar al otro lado, sintió como si una nube velara sus ojos y estuvo a punto de dejarse caer de nuevo al agua, no sabía si por el agotamiento que le había producido tan sobrehumano esfuerzo o por la alegría de ver coronada su obra.

Jadeante se dejó caer en tierra y así permaneció varios minutos con la cara pegada en la roca, besándola con fervor.

Por fin, reaccionando, echó un vistazo al paisaje antes de proceder a ayudar a subir a sus compañeros y quedó satisfecho de él.

Vio que se encontraba sobre un terreno más hospitalario. Árboles abundantes, césped sobre la tierra en algunas parcelas, menos aspereza en el suelo, le anunciaban que el camino a seguir sería, en lo sucesivo, menos agrio y expuesto y elevando los ojos al cielo, dio gracias a Dios por la ayuda que les había prestado.

Por fin se asomó al borde de la cortada y agitando la cuerda, gritó:

—¡Bravo, profesor, estamos salvados!

—No cantes victoria aún. Regis —exclamó Karus, como agitado por un funesto presentimiento. Aun no estamos allí arriba ni hemos atrás la montaña.

—Pero la dejaremos. Me siento ahora más fuerte que nunca.

Prepárense a subir.



...después de zarandearla como a un muñeco breves momentos...

El profesor se obstinó en que fuera Kao el primero en ascender, pero el muchacho se negó. Prefería que fuese el profesor, pues él se sentía aún falto de fuerzas y decía necesitar un mayor descanso para tan penosa labor. Karus reconoció sus razones y para ganar tiempo, se aferró a la cuerda que Regís había afianzado al tronco de un árbol y apoyando los pies en la pared y tensionando sus músculos en un esfuerzo brutal, consiguió ir ascendiendo hasta verse junto al bravo criado.

Como él se dejó caer agotado en tierra y como él, necesitó de toda su voluntad para reaccionar de las emociones sufridas y de las que parecía que nunca iban a verse libres.

Ya solamente les faltaba izar al sufrido y hermético chinito. Éste, no había desplegado sus labios durante toda la odisea sufrida y Regís se asombraba de la resistencia antagónica con la débil naturaleza que le animaba.

Asomándose al borde del farallón, preguntó:

—Pequeño, ¿te sientes con fuerzas para subir?

—Sí, creo que sí...

—Pues ahí va la cuerda. Agárrate a las lazadas y déjate subir. Nosotros tiraremos de ella para que te sea menos violento el esfuerzo.

Kao tomó el extremo de la escala y agarrotando sus dedos a la última lazada apoyó los pies en el alud y se dejó izar por el profesor y Regis, que tiraban lentamente para cansar menos al muchacho.

Pero éste agotadísimo, sentía como si le desgarrasen los brazos al sufrir la tensión de la cuerda. Sus músculos se negaban a sufrir aquel nuevo tormento y por más que ponía toda su enorme voluntad en sostenerse, sentía que a cada centímetro que le elevaban las fuerzas le iban faltando y que los brazos le pesaban de tal manera que se sentía incapaz de sostenerse en el vacío.

Los ojos se le nublaban, les oídos le zumbaban terriblemente y el sentido de la realidad y del horrendo peligro que corría se perdía en su cerebro.

Solamente unas ganas enormes de descansar dominaban su cuerpo y desfallecido, animado por una última noción de realidad, murmuró, más que gritó:

—¡No... puedo más... profesor... no puedo... yo!...

Sus dedos se aflojaron sobre la cuerda escurriéndose a través de la lazada y de modo insensible, como atraído desde abajo por una furia invisible, se soltó dejándose hundir en el vacío.

Regis al darse cuenta, lanzó un grito ronco y tiró la cuerda que se había aflojado en sus manos al perder el peso del chinito. Éste descendió verticalmente y fue a hundirse en el fiero torbellino de las aguas, que después de zarandearle como a un muñeco durante breves momentos le absorbió, arrastrándole vertiginosamente hacia el negro agujero, por el que desapareció a los asombrados ojos de él y de su compañero.

Regis, desesperado, hizo intención de lanzarse al agua momentos antes de que el muchacho desapareciese de su vista, pero el profesor, dándose cuenta de lo inútil y peligroso del heroico intento, le retuvo con fuerza, murmurando con voz estrangulada por la emoción:

—¡Quieto, Regis, nada puedes hacer va y tu vida nada ganaría con perderse sin objeto alguno!

Ambos, como hipnotizados, quedaron fijos al borde del farallón contemplando estúpidamente la feroz corriente que se hundía rugiendo por el negro agujero. Les parecía mentira que el noble y valiente compañero de aventuras, que momentos antes estaba a su lado, hubiese desaparecido tan trágicamente para siempre, sin que ninguno hubiese podido prestarle la ayuda que merecía a cambio de los esfuerzos que el hiciera otras veces para salvar sus vidas.

Capítulo tercero

Un salvamento milagroso

DURANTE más de una hora permanecieron al borde de la barranca con los ojos clavados en la fatídica corriente sin ánimos para moverse ni cambiar o palabra alguna entre sí.

Abatidos, agotados, deshechos por la emoción, ya nada les importaba su misión, ni el tesoro, ni el sitio donde se encontraban, ni el peligro que aún se cernía sobre ellos, ni nada de cuanto les rodeaba. Sólo la mineen breve y simpática del chinito llenaba sus sentidos y les hablaba de las aventuras sufridas en común, de la abnegación y el valor del muchacho, del cariño que le habían tomado en el poco tiempo que llevaba unido a ellos y de lo mucho que le echarían de menos a través de sus andanzas, pues había llegado a formar una parte integrante de sus personas.

Derrumbados sobre la tierra, con los ojos clavados en el cielo de un color azul pálido, donde el sol lucía triste y amarillo, se sentían incapaces de reanudar la marcha. Aquella tragedia había obrado sobre sus nervios de una forma más demoledora que todos los peligros corridos hasta entonces.

El profesor más, duro que su criado para las emociones, fue el primero en reaccionar, diciendo:

—Vamos, Regis, no debemos dejarnos abatir por esta horrible

desgracia. Aquí nada podemos hacer ya y en cambio nos queda algo más interesante por cumplir.

—¿El tesoro? —preguntó Regis, despectivo—. Nada me importa ya, profesor.

—Ni a mí —replicó éste— pero sí me importa vengarle. La vida de Kao exigirá de nosotros una venganza fiera y a eso no podemos renunciar.

Regis, como galvanizado, se irguió, con los ojos centelleantes y exclamó con voz metálica:

—Tiene usted razón. Tenemos que vengarle y a eso sí que no renuncio. Juro buscar a Wang-Cheng aunque sea en el fondo del infierno y hacerle tiras poco a poco, para vengar la muerte de Kao. Vamos, profesor. Busquemos la salida de esta montaña maldita y corramos en busca de ese monstruo. Hasta que no derrame gota a gota toda su biliosa sangre, no me quedaré satisfecho.

—Ni yo. Adelante y que el cielo nos ayude a cumplir tan sangrienta misión y que, ahora más que nunca, debemos llevar a cabo.

Reaccionando del abatimiento que habían sufrido, se levantaron y echaron a andar sin rumbo fijo. Todo su anhelo era salir de allí, pero ignoraban cómo lo iban a lograr y por dónde.

El terreno descendía suavemente entre árboles espaciados. Aquel terreno debía ser húmedo, pues, lo demostraba la vegetación que iban encontrando a su paso.

Regis, atormentado por una sola idea, murmuró:

—¿Dónde diablos irá a morir esa maldita torrentera?...

—Cualquiera lo sabe. Hay muchas corrientes que se pierden tierra adentro para no reaparecer más, o reaparecen a cientos de millas. La naturaleza tiene secretos salvajes.

—Y caprichos más salvajes aún. Maldigo el momento en que se me ocurrió proponer descender a la barranca.

—Algo había que hacer. De lo contrario nos hubiesen devorado los «deggs».

—Pero hubiésemos muerto todos noblemente peleando por nuestras mutuas vidas. Así ha habido una víctima sin pena ni gloria.

El profesor no dijo nada. Comprendía el dolor y la irritabilidad de su fiel criado y no quería exacerbar la discusión.

Continuaron caminando por un suelo bajo, que parecían acortar la altura de la montaña. Si seguían así, posiblemente lograrían dejarla atrás y salir a terreno llano que les permitiese orientarse para continuar el viaje a Lanchen, si les era posible.

Había caminado durante un cuarto de hora, cuando el profesor se detuvo escuchando.

—¿Qué sucede? —preguntó Regis envarado.

—Me ha parecido oír rumor de agua

—¿Otra vez? ¿Acaso esa maldita torrentera...?

Ambos se detuvieron, escuchando. Hasta ellos, llegaba un rumor débil pero persistente, que debía pertenecer indudablemente a un caudal de agua corriendo encajonado.

Apresuradamente se orientaron, dirigiéndose hacia su izquierda. De allí procedía el rumor, y por allí debía correr el agua.

A poco, internándose por un macizo de árboles salieron a un descampado, y a sus pies, en un terreno bajo pero asequible de descender a él, se abrió ante sus ojos el cauce de un pequeño río, que corría veloz lamiendo rumoroso las bajas orillas.

Regis se quedó contemplándole y murmuró:

—Apostaría la vida a que este río procede de esa maldita torrentera.

—No diría yo que no —afirmó el profesor, y luego, acometido de una idea que le hizo estremecer, agregó:

—Si así fuera... acaso...

—Sé lo que usted a decir —interrumpió Regis con voz velada— que acaso pudiéramos encontrar el cadáver del pobre Kao.

—Justamente. Ya que no pudiéramos hacer otra cosa por él le daríamos cristiana sepultura.

—Pero Dios sabe dónde habrá podido ir a parar, eso en el caso que no se haya quedado en aquel horrible agujero. Aunque aquí la corriente es menos violenta, lo seguro es que a estas horas esté muy lejos.

Sin grandes esperanzas se pusieron a recorrer la orilla del pequeño río. Éste seguía un curso muy desigual, pues tan pronto se ensanchaba perdiendo fondo, como se encajonaba o torcía su curso en curvas violentas.

En algunos trozos de las orillas, crecían moreras salvajes,

plantaciones de laurel en estado selvático, y breñas que formaban tupidas paredes, que ocultaban el lecho del río, y los dos aventureros se veían obligados a cruzar por ellos, para seguir la orilla sin perderla de vista.

Llevaban recorrido como un cuarto de milla, cuando el profesor se detuvo, señalando un punto en la orilla opuesta.

—Regis —murmuró emocionado—. ¿Quieres decirme qué es lo que se ve al borde de aquellas moreras que hay frente a nosotros?

El criado fijó los ojos en el lugar señalado por Karus, y sintiendo un violento estremecimiento, repuso:

—Es ropa, señor... ¡Oh! ¡Juraría que pertenece al pobre Kao!

Karus, sin atreverse a completar su idea, murmuró:

—Lo que quiere decir, que su cadáver ha sido arrastrado hasta esa orilla...

Regis no dijo nada, pero despojándose de la ropa se tiró al agua, nadando vigorosamente hasta a orilla contraria. Ahora el río no parecía tan frío como a vez anterior. Quizá el sol o la configuración del terreno habían templado el agua y ésta se mostraba más soportable. Regis atravesó los ocho o diez metros de cauce y saltó a tierra firme, corriendo hacia el sitio donde yacía el cuerpo del que suponían su fiel compañero. En efecto. Regis no tuvo que hacer muchos esfuerzos para reconocer las ropas del infortunado chinito.

Pálido por la emoción, se postró ante él, y tomando su frágil figura que yacía con el rostro vuelto hacia la tierra, murmuró con voz paternal:

—¡Pobrecito Kao! Si con mi vida pudiera devolver el aliento a la tuya bien sabe Dios que...

Mudo de asombro no pudo continuar. Al volver el cuerpo del chino este se estremeció al contacto de sus manos, y abriendo los ojos los clavó en los del bravo criado, contemplándole con estupor.

Regis se incorporó como picado por una víbora y gritó:

—¡Vive... vive... profesor... vive!

Y loco de alegría, volvió a tomarle en sus brazos estrechándole con cariño contra su pecho.

Kao, volviendo en sí de su estupor, sonrió débilmente y murmuró:

—Gra... gracias... honorable... señor... Regis... yo...

No pudo decir más. Volvió a cerrar los ojos y quedó inmóvil, privado de conocimiento.

El profesor, henchido de alegría al oír el aviso de Regís, se desnudó apresuradamente, hizo un lío con su ropa y la de Regís, se la ató a la cabeza y se lanzó al agua, cruzando el río.

Una sonrisa de intenso regocijo iluminaba los semblantes de ambos. Aquel encuentro providencial y aquella salvación, más providencial aun, había devuelto a sus espíritus el dinamismo y la confianza, y ahora se mostraban dispuestos a conquistar el mundo no separándose más uno de otro.

—¡Es maravilloso! —murmuró el profesor, pulsando las muñecas de Kao para convencerse de que su criado no se había engañado al afirmar que estaba vivo.

—¡Pobre! —exclamó Regís—. Está desmayado. Las terribles emociones que ha debido sufrir son como para acabar con el valor del más templado. Tenemos que procurar encender fuego para reanimarle un poco. Está calado de agua y helado.

Por fortuna, sus yesqueros, metidos en las cajitas impermeables, no se habían mojado, y reuniendo leña de la mucha que había por los alrededores, encendieron una buena fogata, y tras desnudar al chino y poner sus ropas a secar sobre unos palos, le cubrieron con parte de las suyas para preservarle de la humedad.

Durante más de una hora, Kao permaneció insensible a la reacción del fuego, hasta que, por fin, su sangre fue adquiriendo vigor y circuló con más fuerza.

Luego abrió los ojos, y fijándoles en sus cariñosos compañeros murmuró:

—Gracias, honorables señores. Kao debe vida a sus amigos.

—No digas tonterías —aseguró Regís. Eres tú el que te has salvado por propio esfuerzo. Me alegraría saber cómo pudiste escapar de la muerte en aquel horrible agujero.

El chino, que se había recobrado bastante, aunque se encontraba muy débil, exclamó:

—¡Oh, Dios no quiere aún vida de Kao! Torrente me arrastró cuando caí y me metió en negro agujero creí morir ahogado por fuerza enorme de agua, pero ésta no tapaba agujero por completo y pude sacar cabeza. Estoy molido de golpes recibidos con roca. A

cada uno pensaba morir, pero seguía viviendo y agua me arrastraba con violencia. No sé cómo no me desmayé de miedo. Luché contra corriente, rebotando por las paredes no sé cuánto. Debió ser poco — a mi parecer mucho—, por fin, de repente, vi luz, luego, el agua se desplomó por una pequeña catarata y me arrojó al río, más tranquilo. Últimas fuerzas valieron para nadar hasta ganar orilla. Allí caí vencido, pero aun tuve ánimo y caminé... no sé cuánto. Cabeza pesaba mucho, cuerpo dolía horriblemente, quería hacer ejercicio para no morir helado y no pude... caí entre unas moreras y no sé más... Eso es todo

—Bien, pequeño —aseguró el profesor— has sufrido horriblemente, pero bien puedes decir que tienes siete vidas como los gatos. La fortuna no trajo hasta aquí y ya estamos todos reunidos. Ahora, ya nadie podrá separarnos y juntos cumpliremos lo que nos hemos propuesto.

—Sí, honorable profesor —aseguró Kao débilmente—. Cuando fuerzas nuevas tenga Kao, acompañará a honorables señores hasta el fin. Yo no me separaré nunca de honorables señores.

Regis le ordenó que durmiese un rato y el chino obedeció, mientras el criado avivaba el fuego que vital les era en aquellos momentos.

Luego, con mimo cuidado, reunió todos los proyectiles que les quedaban y los amontonó, de forma que recibiesen el calor sin peligro de estallar, pues podrían hacerles falta y su defensa personal era causa para no descuidarla. También desarmo y secó lo mejor que pudo los revólveres con objeto de que estuviesen listos para funcionar lo antes posible.

La cuestión alimenticia era lo que más les preocupaba de momento. Solamente las moras salvajes les brindaban su fruta, y éstas, aunque sabrosas, eran muy poca cosa para satisfacer sus necesidades.

Por otra parte, el chinito necesitaba algún alimento más sólido. Podía ser víctima de la fiebre a causa de las fatigas y los remojones sufridos, y si caía enfermo les iba a crear un grave problema para atenderle.

Mientras el profesor, vencido por la fatiga, descabezaba un sueño, y Kao dormía profundamente al amor de la hoguera, Regis,

más fuerte y entero, se dispuso a verificar una descubierta por los alrededores. Necesitaba orientare para continuar la marcha, y, al tiempo, otear a ver si descubría algo de caza que les sirviese para llevar algo sólido a los dientes.

El paisaje nada le dijo. El terreno, en declive, se mostraba bastante tupido en árboles, y algunas eminencias cortaban la montaña impidiéndole abarcar mucho horizonte. Una sola cosa llamó su atención, alegrándole los ojos. Entre los intersticios de unos peñascales, en forma de pirámide natural que se erguían a menos de cien metros de él, descubrió una bandada de palomas salvajes que jugueteaban en torno a las piedras, entrando y saliendo por las junturas.

Escondiéndose a favor de los árboles para no provocar la alarma entre los volátiles, y armado de piedras, se dedicó a la difícil tarea de pretender cazarlas. Aunque diestro tirador solo consiguió abatir un par de ellas, cuando las palomas, asustadas, tendieron el vuelo desapareciendo de allí, escaló, no sin fatigas, los peñascales, hasta descubrir dos nidos con una docena de huevos.

Muy contento de su éxito, regresó junto a sus amigos, que dormían descuidados, y el bravo criado, sin darles cuenta de su caza se dedicó a preparar una buena comida.

Desplumó las dos palomas, asándolas al fuego, después de introducidas en un delgado bambú para poderlas dar la vuelta sobre las brasas, y, más tarde, sobre una piedra plana que introdujo en la hoguera, consiguió fabricar una especie de tortilla bastante problemática, pero que despedía un olor apetitoso en unión de las dos palomas.

El profesor despertó acariciado por el fragante olor a asado, y sin darse cuenta de dónde procedía, exclamó:

—He debido soñar con un buen asado, porque aún tengo el aroma en la pituitaria.

—Posiblemente, profesor —afirmó Regis sonriendo, pero a veces los sueños se convierten en realidad. Pinche esa pechuga de paloma a ver qué opina.

Kao despertó también a las voces de sus dos compañeros, y se mostró dispuesto a devorar cuanto le diesen. El sueño le había reconfortado y se mostraba repuesto de la debilidad sufrida.

Sabiéndoles a poco, acabaron con las preciadas viandas que aderezaron con un buen atracón de moras salvajes y tras beber ampliamente en el lecho del río se dispusieron a reanudar sus trágicas aventuras.

Capítulo cuarto

El infierno verde

DESPUÉS de recoger las municiones, armar los revólveres y deshacer los restos de la hoguera, para borrar toda posible huella de su paso, se consultaron sobre el itinerario a seguir.

El profesor, prudentemente, indicó que lo mejor era seguir el curso del pequeño río. Este tendría que desembocar en algún sitio, y siempre el agua atrae a sus orillas signos de vida y civilización.

—Es cierto —apuntó Regis— pero también nos exponemos, si salimos a terreno habitado, a volver de nuevo a ser apresados o perseguidos.

—Y si no corremos ese riesgo, nos exponremos a internarnos. Dios sabe por qué laberintos, que nos alejen cada vez más de la buena ruta. Te olvidas que carecemos de toda clase de alimentos y que no podemos confiar nuestras fuerzas a unas cuantas moreras salvajes.

Regis, convencido por las razones del profesor, se dispuso a seguir el curso del río, en la suposición de que éste no les jugase alguna otra mala pasada, escondiéndose otra vez debajo de tierra o yendo a perderse en lo más intrincado del laberinto de montañas.

Durante toda la tarde, caminaron poseídos de la sensación de que iban descendiendo. Lo notaban en la atmósfera, cada vez más

tibia y menos frígida.

Poco antes de anoecer, Regis escaló una alta loma, desde la que creía fácil abarcar buena parte del paisaje. La ascensión fue penosa por lo empinado de la loma, pero, por fin, consiguió verse en lo alto de ella.

Desde allí, pudo comprobar que la montaña bajaba gradualmente hacia terreno llano y lejos, sin poder precisar la distancia, descubrió la estepa amarilla salpicada de algunas mamitas verdosas, que debían corresponder al curso del río.

Volviendo junto a sus compañeros, advirtió:

—Creo que con un par de jornadas podemos dejar atrás esta maldita montaña. He descubierto el llano allá lejos, pero no puedo calcular la distancia justa.

—Eso es bueno animó el profesor. —Cuando abandonemos el monte podemos orientarnos hacia alguna ruta poco frecuentada, y acaso encontremos algún sitio donde cambiar de ropa y hacernos con comestibles y algún pollino. La ruta de Lanchen es larga, y a pie nos va a resultar la jornada muy dura.

Al llegar la noche, se dedicaron a buscar algún refugio seguro. Cuanto más se iban aproximando a posibles caminos frecuentados, más precauciones debían tomar para resguardarse.

Por fin, tras mucho rebuscar, el profesor descubrió la boca de una profunda cueva no muy lejos de la orilla del río. Estaba situada en terreno más bajo que el cauce, a unos treinta metros de éste, pero ninguno fijó su atención en esta particularidad, que más tarde podía serles fatal.

Lo único que habían observado durante la última etapa del viaje, era que el cauce del río se ensanchaba y adquiría más profundidad y corriente, debido a una gran cantidad de arroyuelos que fluían a derecha e izquierda, muriendo en el caudal del río y aumentando éste prodigiosamente su curso.

El sol, un sol frío y amarillo pálido, que les había seguido oblicuamente toda la tarde, empezó a esconder su descolorida faz por las altas cresterías de la montaña, y apenas la noche se aprestó a tender su oscuro manto, la temperatura descendió bruscamente y un aire suave, pero glacial, se les fue metiendo en los huesos.

Sus ropas, medio desgarradas y de escaso abrigo, eran

insuficientes para resguardarles de aquella helada brutal que atenazaba sus huesos, siendo Kao el que más acusaba la sensación de frío, debido a su estado más débil.

Regis, compadecido de él, recogió una buena cantidad de leña y hojarasca seca, y amontonándola delante de la entrada de la cueva, encendió una excelente fogata que les devolvió en parte el calor perdido.

La leña verde se resistía a la cremación, armando una humareda de mil diablos, que se veían precisados a aventar para que no inundase el interior de la cueva, expulsándoles de ella, y las columnas de humo, impelidas por las llamas, tomaron una línea recia, elevándose en el espacio, en una prolongada espiral, que parecía pretender taladrar el cielo.

La luna, una luna grande y redonda, de un azul blanco desvaído, asomó tras los picachos, llenando el paisaje de una luz lechosa, y sólo el graznar de algunos pajarracos nocturnos turbaba el silencio letal que reinaba en todo el monte.

Regis se dispuso a montar la guardia. Nada les inducía a sospechar ser víctimas de una emboscada, pero toda precaución era poca en un terreno poblado de tantos y tan crueles enemigos.

Karus y el chinito, resguardados en el interior de la cueva, se tumbaron sobre un lecho de hojas, no lejos de la hoguera, para que les llegase el calor, y Reg., con el revólver al alcance de la mano y un buen puñado de proyectiles a sus pies, se dispuso a pasar las fastidiosas y monótonas horas de la velada.

Sentía un ansia loca de fumar, pero como hacía tiempo que se les había concluido el tabaco, se consoló sosteniendo entre los dientes la vieja pipa, que había conservado a través de tantas vicisitudes.

No lejos de él, sentía el continuo y martilleante murmullo del río, deslizándose rápido en su ancho cauce, y, por un momento, temió que aquel rumor sordo y continuado pudiese influir en él y continuado su sueño del que tan necesidad o estaba.

Tuvo que cambiar varias veces de postura para evitarse aquella sugestión, y, agotado, sintió grandes deseos de despertar al profesor y pedirle que le substituyese en la guardia, pero al verle tan plácidamente dormido, decidió realizar un nuevo esfuerzo y

retrasar la llamada.

Estaba a punto de dejarse vencer por el sueño, cuando un sexto sentido le avisó de la posible proximidad de un peligro. Regis no pudo precisar en qué consistía, pero se sintió despabilado como nunca y con una tensión de nervios que le dominaban.

Aguzando el oído, escuchó intensamente sin descubrir nada. Únicamente, pasado un buen rato, llegó claramente a él el canto peculiar de un ave, que poco después era contestado de idéntica forma, aunque un poco más lejano.

Regis no poseía el secreto de las selvas ni de los bosques, y por lo tanto, no podía precisar a qué clase de pájaro correspondía el canto. Le mismo podía ser un cuclillo, que un búho, que otro animal nocturno propio de aquellos parajes.

Lo que sí llamó su atención fue la identidad de sonidos y la rapidez en la contestación. Más que dos cantos aislados, parecían una contraseña misteriosa para no llamar la atención.

La hoguera había descendido bastante en intensidad, y tomando un grueso tronco, estuvo a punto de arrojarlo a las brasas, pero se contuvo. Hacerlo, podía ser un aviso de que alguien velaba tras la hoguera, y si se trataba de enemigos que se habían deslizado misteriosamente hasta localizarles, era él y no ellos quien debía gozar de las ventajas de la sorpresa.

Dejó el leño cuidadosamente, y tomando el revólver clavó sus ojos en su parte frontal, tratando de descubrir algo movable que le señalase la tangibilidad del peligro, pero nada se mostraba a sus ojos que patentizase claramente sus sospechas.

De todas formas, por un exceso de precaución, tocó suavemente en el hombro al profesor, y, cuando éste se movió, le puso la mano en la boca, susurrando a su oído:

—No haga ningún ruido y acérquese conmigo a la hoguera. No puedo precisar en qué me fundo, pero siento la sensación de un peligro cercano.

El profesor empuñó el revólver y se arrastró hacia la fogata, quedando en actitud expectante.

Regis, brevemente, le dio cuenta de sus sospechas, y el profesor estuvo conforme con él en admitir la posibilidad de que aquellos cantos fuesen una señal de inteligencia.

Oprimidos por la angustia, al ignorar la clase y cuantía de los enemigos que podían enfrentarse contra ellos, se dispusieron en cualquier caso a vender caras sus vidas y a no dejarse coger de nuevo prisioneros, para evitarse la seguridad de algún refinado tormento.

De lo único que parecían estar seguros, era de que esta vez no les acosaban con los terribles «deggs». No habían captado ladrido ninguno y los feroces canes eran demasiado ruidosos para ocultar su presencia.

Por fin, al cabo de un buen rato, volvió a percibirse el graznido del ave. Poco después, fue contestado a la derecha, y, algo más tarde, a su izquierda.

—No me cabe duda —murmuró Karus— eso son señales.

Se deslizó al interior de la cueva y despertó al chino con la mayor precaución, dándole cuenta del descubrimiento.

Kao, sin decir palabra, empuñó un revólver, y colocándose junto a sus amigos, esperó con el dedo aferrado al percutor.

Los tres se habían tumbado todo lo largo que eran detrás de la fogata, ya casi mortecina, y tenían los ojos clavados en la parte fronteriza, esperando el ataque de un momento a otro

—¿Cómo nos habrán descubierto? —murmuró Regis.

—Posiblemente por la hoguera —afirmó el profesor—. No me di cuenta de ello. El resplandor de las llamas, y seguramente mejor, el humo, les habrá advertido de nuestra presencia. Si ha sido así, ya no tiene remedio.

Pasó casi un cuarto de hora de desesperante espera, hasta que por fin algo se movió sobre la tierra con dirección a la cueva. Aunque no les era dado distinguir lo que era, pues se arrastraba como un reptil, ninguno de los tres dudó sobre la naturaleza del peligro.

El que avanzaba debía ser un chino. Sólo ellos poseían aquel secreto felino para arrastrarse y deslizarse sin producir ruido, como si se tratase de una sombra.

Regis, nervioso, quiso disparar, pero el profesor le retuvo la mano. Era preferible dejarle acercarse para no errar el tiro, pues siempre sería un enemigo menos.

El bulto siguió deslizándose hacia la hoguera con excesiva

lentitud, hasta que, por fin, los tres amigos pudieron descubrir su figura escuálida y menuda y el brillo de sus ojos oblicuos, en los que se reflejaba el resplandor de los mortecinos leños.

Entre los dientes sujetaba un agudo cuchillo, que brillaba lentamente a sus movimientos, pero no debía llevar más armas, pues sus manos extendidas arañaban la tierra para facilitarse el avance.

Se encontraba a menos de seis metros de la cueva, seguro de sorprender en pleno sueño a sus ocupantes, cuando Regis, sin poder dominar más sus nervios, oprimió el gatillo del revólver y disparó.

La estruendosa explosión del tiro, al unísono con un escalofriante grito de agonía. El chino trató de incorporarse, pero herido mortalmente volvió a caer, a tres metros de la hoguera.

Como si se hubiese tratado de un eco, un coro de gritos guturales siguió al disparo, y varias detonaciones anunciaron a los aventureros que esta vez tenían que vérselas con enemigos mejor armados.

—¡Malditas sean esas ratas leprosas! —rugió Regis—. Poseen armas de fuego y nos van a asar vivos.

—Si se atreven a saltarnos de frente, ya veremos quién fríe a quién —aseguró el profesor.

Pero, prudente ante las eventualidades de la lucha, gritó al chinito:

—Kao, arrastra hacia aquí todas esas piedras gordas que hay diseminadas por allí. Formaremos una barricada para estar más seguros.

El muchacho se apresuró a cumplir la orden, y pronto unos cuantos pedruscos, bastante voluminosos, les sirvieron de parapeto.

—Esto está mejor —aseguró Regis—, pero no nos hagamos ilusiones. Ellos, quizá no se atreven a entrar, pero nosotros tampoco podemos salir.

—De momento, basta con pelear en mejores condiciones que ellos, después... Dios dirá.

Los chinos, al saberse descubiertos, ya no trataron de ocultar su presencia. Habían confiado en una sorpresa, y, al fallarle, se mostraban furiosos y vocingleros, pretendiendo amedrentar a los prisioneros con sus gritos guturales y salvajes.

Regís, atento a la entrada de la cueva, se desorbitaba tratando de localizar a sus enemigos. Había añadido unas cuantas buenas ramas a la hoguera, que proyectaba más lejos sus resplandores, dejándoles ocultos en la sombra, los sitiadores no se resignaban al fracaso, y sabiendo que solamente tenían que combatir con tres, se disponían a intentar un asalto en regla, casi seguros de aplastarlos por el número.

Después de un rato de gritar a su antojo, un silencio impresionante reinó en torno a la cueva, y el profesor, inquieto, murmuró:

—¿Qué tramarán ahora? Cuando han cesado en sus voces es que algo preparan.

—Opino como usted, pero para lo que sea, tendrán que dar la cara, y si la dan... se las vamos a deshacer como azucarillos.

Durante unos minutos nada se movió en torno a ellos, y Karus se devanaba los sesos, tratando de adivinar el plan de ataque proyectado por los chinos.

Súbitamente se sintió azorado, y empujando con sigilo algunas dj las altas piedras que habían amontonado a la boca de la cueva, murmuró al oído de Regís:

—Haz salir un poco estas piedras, me temo que se les ha ocurrido acercarse por los lados, y cuando queramos darnos cuenta, los tendremos encima, por no haberles visto.

El criado obedeció e hizo salir dos grandes pedruscos unos veinticinco centímetros de la rasante de entrada, cuidando de que las piedras taparen los flancos. Luego, se aventuró a echar un vistazo a un lado, exponiéndose a recibir un tiro en la cabeza.

Un grito ronco advirtió al profesor que sus sospechas eran ciertas. Pegados a la pared del terraplén, avanzaban varios enemigos, tratando de acercarse a la boca de la cueva, para de un salto penetrar en ella.

Karus y Regís, cada uno por un lado, sacaron el brazo y dispararon con saña a derecha e izquierda. Los chinos, sorprendidos en plena maniobra, recibieron el plomo sin tiempo a la defensa, y media docena de ellos cayeron alcanzados, mientras el resto huía, convencidos de que su estrategia había vuelto a fallarles.

Furiosos y desorientados, trataron de lanzarse en masa sobre los

defensores del negro agujero, pero los tres, formando abanico con el revólver, disparaban fieramente, y otros cuantos asaltantes mordieron la tierra alcanzados por el mortífero fuego.

Pronto se convencieron de que su posición frente a los perseguidos era desventajosa. Mientras les defendiese el terraplén y fuese preciso atacar de frente, nada conseguirían.



El chino trató de incorporarse, pero herido mortalmente volvió a caer....

Les cabía el recurso de bloquearles hasta obligarles a salir acosados por el hambre, pero esto resultaría muy lento y, al parecer, les urgía su captura.

Durante un buen rato, se cruzaron disparos por una y otra parte sin consecuencias, pues todos se mostraban prudentes y se protegían contra el fuego enemigo y así, en esta situación, les sorprendió la salida del sol.

Los cercados dieron gracias a Dios por esta ayuda. La luz solar les favorecía para localizar mejor a sus enemigos y no se verían obligados a realizar tantos esfuerzos vigilando entre las sombras.

La luz del día pareció desanimar a los sitiadores, los cuales se

retiraron lejos del alcance de los revólveres. Tendrían necesidad de estudiar otra táctica de ataque si pretendían deshacerse de tan peligrosos enemigos.

Se pasó más de una hora sin que diesen señales de vida y esto puso más que nerviosos a Karus y sus compañeros, porque adivinaban que algo se estaba tramando, para lo que no estaban preparados.

Luego, cruzó alguna sombra frente a ellos por la orilla del río y se oyó algún tiro suelto, pero de ahí no pasó el ataque.

—Parece que no encuentran modo de clavarnos el diente —afirmó Regis.

—No cantes victoria. Son astutos, pacientes y sanguinarios. Si no lo encuentran ahora, lo hallarán más tarde. Hay que estar preparados para todo.

Pero, hora a hora, fue transcurriendo el día, sin que volviesen a intentar el asalto y los tres aventureros terminaron por convencerse de que habían decidido sitiarles por hambre.

—Esto es lo malo —comentó el criado—. Nuestra resistencia va a ser corta si apelan a esa táctica. Llevamos muchas horas sin comer y terminaremos por ceder al hambre.

—Si llega ese caso, haremos una salida desesperada y moriremos matando si no podemos huir.

Por fin volvieron a reinar las sombras y Regis, aprovechando que aún les quedaban ramas y hojarasca, volvió a encender prudentemente la hoguera.

Pero nadie les molestó al hacerlo. Parecía como si se hubiese tragado la tierra a los atacantes o como si hubiesen abandonado el campo de lucha.

Pero esto no era de creer. Los chinos no podían renunciar a su caza y antes morirían todos al pie de la curva que abandonar su idea.

Era mediada la noche, cuando el silencio que reinaba en torno a ellos fue cortado bruscamente por varias detonaciones, pero con inquietud observaron que ningún tiro había sido dirigido contra la cueva.

—¡Qué extraño! —murmuró el profesor—. Parece como si disparasen a gente ajena a nosotros.

—Y que no les replica —aseguró el criado—. Estemos alerta, porque esto me huele muy mal.

De nuevo reinó el silencio, pero poco después un rumor sordo que iba aumentando en intensidad les sorprendió:

—¿Qué es eso? —preguntó Regis.

—No sé —afirmó el profesor, nervioso.

Fue Kao el que con su finísimo oído captó antes que ninguno el origen del rumor.

—¡Agua! —aseguró.

—¿Cómo, agua?

—Sí, agua. ¿No la oye correr?

Aguzaron la vista y, poco después, a la luz de la luna, una faja movable y plateada, empezó a relucir a sus ojos avanzando raudamente hacia ellos.

Regis, dándose entonces cuenta del peligro, se incorporó rugiendo:

—¡Malditos! Han abierto un boquete en la orilla del río y como éste está más bajo, han desviado el agua hacia aquí. No tardaremos en ser alcanzados por ella y la cueva se inundará obligándonos a salir queramos o no.

Ahora la suerte estaba echada. Contra los elementos no, podían luchar y rabiosos, con los ojos desorbitados y rechinando los dientes, se aprestaron a la lucha final.

Tomaron las armas, guardaron los proyectiles en los bolsillos y se prepararon cuando ya el agua rugiendo de modo amenazador, apagaba la hoguera y penetraba en tromba en la cueva, amenazando con anegarla.

Regis se dispuso a salir, diciendo: —A tiro limpio contra todo bicho viviente y al río. Es nuestra única salvación si logramos abrírnos paso y arrojarlos a él.

El profesor tuvo un momento de vacilación:

—Es una locura, Regis. Nos cazarán como a chinches.

—No. Seguramente que no esperan que salgamos inmediatamente. Creerán que apuraremos hasta el último momento cuando nos llegue el agua al cuello. No podemos esperar tanto, porque nos moveríamos con dificultad en el agua y haríamos un blanco perfecto. Saldremos ahora mismo. Usted cuídese de disparar

contra los que se presenten a su derecha y yo contra los de mi izquierda Kao irá en medio, protegido por nosotros. A todo correr al agua y en lugar de seguir la corriente, en cuanto tengamos ocasión, alcancemos la orilla opuesta escondiéndonos entre las zarzas. Luego, sigan, no hacia abajo, sino hacia arriba. Creerán que intentamos seguir la corriente del río y si nos buscan lo harán en esa dirección. ¡Un momento; la llamada del cuco será también nuestra señal, sin oírla, que nadie abandone cualquier refugio que encuentre! Confío en poder engañarles.

Nadie opuso reparos a sus órdenes. Regis, en los momentos de peligro, se sentía un estratega y poseía un don de persuasión difícilmente rebatible.

Cargaron los revólveres y se dispusieron a salir. El agua empezaba a inundar la cueva y les llegaba ya los tobillos.

Sigilosamente abandonaron la cabaña y, de repente, echaron a correr con desesperación hacia el río para salvar los treinta metros que les separaba de la caverna.

Los chinos, sorprendidos por su aparición, intentaron cortarles el paso, pero ya sus revólveres tronaban con saña y los primeros enemigos rodaron por tierra cogidos de improviso.

Capítulo quinto

Una fuga dramática

REGIS era un buen psicólogo. Se había asimilado de modo intuitivo la mentalidad de los chinos y esto a veces era para sus planes una garantía de éxito.

Las dos docenas de secuaces de «El dragón de fuego», que había conseguido localizarles debido a su imprudencia al encender la hoguera, estaban seguros de que con su estratagema de desbordar el río inundando la cueva, les obligarían a salir de ella, pero como Regis supuso, contaban con que resistirían hasta el último minuto y sólo se decidirían a aceptar la pelea cuando el río hubiese anegado su refugio y no tuviesen otro remedio.

Confundiendo en esto y seguros de que el agua entorpecería enormemente sus movimientos se habían situado a ambos lados de la cueva dejando libre todo el frente y la orilla del río.

Esta estrategia les fue fatal, pues cuando los cercados se lanzaron hacia adelante y quisieron cortarles el paso, su carrera inicial les había dado una gran ventaja y resultaba difícil salirles al encuentro.

Apresuradamente dispararon sobre ellos de forma imprecisa, pero la réplica de los fugitivos fue rápida y eficaz y los más avanzados resultaron alcanzados por los disparos, rodando por

tierra algunos de ellos.

Como demonios, saltando igual que simios para evitar que pudiesen fijar sobre ellos la puntería, ganaron la orilla del río en un esfuerzo fantástico y sin dudarlo se arrojaron al agua, sumergiéndose en la corriente para nadar por debajo de ella todo el tiempo que les fuera posible.

Así, cuando los primeros perseguidores llegaron a la orilla, ya habían alcanzado una sensible ventaja pues la corriente en aquel sitio era muy viva.

Como todo no iban a ser contrariedades para ellos, la luna en aquel momento quedaba más baja que uno de los picos montañosos que se interponía entre ella y aquella parte del monte había quedado en sombras cosa que favorecía a los huidos.

Éstos se dieron pronto cuenta de la ventaja que para ellos suponía no solo la sorpresa de su escapada, sino la poca luz y nadando vigorosamente, se apresuraron a cortar la corriente, alcanzando con rapidez la orilla opuesta y escondiéndose entre la maraña de zarzales que crecían por aquella parte.

Su maniobra fue tan rápida y desesperada, que cuando los chinos, reaccionando, se lanzaron al agua dispuestos a perseguirlos, ya ellos habían tomado tierra y esperaban con el corazón anhelante el final de la aventura.

Ocultos entre las moreras, captaron el chapuceo de sus perseguidores, los gritos que se daban unos a otros llamándose y dándose órdenes y consejos y poco a poco, fueron perdiendo sus voces hasta que el paisaje quedó sumido en el más absoluto silencio.

Pero no fiándose mucho de aquella calma casi inverosímil permanecieron agazapados entre las zarzas, esperando consumidos de impaciencia que pasaje el tiempo para poder intentar reunirse y emprender la huida por sitios menos peligrosos.

Por fin levemente, modulado con toda la corrección posible para no despertar sospechas, surgió débilmente el canto de un cuco. Las notas suaves, flotaron en el ambiente silencioso del monte y se perdieron en el aire como una vaga vibración.

Pasó un largo rato y poco más abajo, surgió la contestación tan suave y delicada como la primera. Diríase que una enamorada

pareja se hacia el amor coquetamente a distancia, llamándose dulcemente.

La maraña de zarzales se movió levemente y poco después Regís y Karus se reunían estrechándose la mano en silencio, pero llenos de gozo.

—Todo salió bien, Regis —murmuró el profesor—. Harías un general formidable.

—Sí, pero... ¿y Kao? ¿Sabe usted algo de él?

—No, pero no creo que le haya sucedido nada. Le vi acercarse a la orilla muy por delante de mí.

—A lo mejor es que no sabe imitar al cuco y no se atreve a intentar llamarnos por temor a descubrirnos. Vamos en su busca.

—¿No crees que haya quedado alguno emboscado en previsión de que no nos hayamos alejado mucho?

—No sé, aunque me parece que no. Les cogió tan de sorpresa que no tuvieron tiempo de pensar en plan alguno y cada cual obró por su cuenta. Juraría que todos se han echado al agua y que ahora andan buscándonos mucho más abajo. De todos modos, obremos con la misma precaución que si supiésemos que tenemos espías a la vista.

Agazapados por entre las moreras, empezaron a descender a lo largo de la orilla, registrando los zarzales y lanzando de vez en vez el consabido canto del cuco. Confiaban en que Kao, cuando menos, no huiría al acercarse ellos y captar la señal.

Por fin, tras recorrer con viva inquietud más de dos docenas de metros una voz queda y emocionada respondió a la señal.

—Aquí estoy, honorables señores.

El profesor y Regis respiraron ruidosamente al oír la voz del chinito y Karus preguntó:

—¿Por qué no has contestado a la llamada?

—Porque Kao no sabe imitar bien ese canto. Temía descubrir a todos y prefirió estar callado.

Ya reunidos, se imponía estudiar un plan rápido de fuga. Los chinos al no alcanzarlos río abajo, podían sospechar de su estratagema y volver en su busca, cosa terrible pues ahora no podían hacer uso de las armas pues el agua las había dejado inservibles.

—¿Cuál es tu plan, Regís? —preguntó el profesor—. Prefiero dejarte la iniciativa, pues he comprobado que posees un maravilloso olfato para eludir las celadas.

—Gracias, profesor, pero día que falle esa opinión, va a resultar muy desagradable.

—No pienses en el porvenir, sino en el presente.

—Pues mi idea es ésta. Cruzar de nuevo el río y alcanzar la misma orilla donde estábamos. Luego nos alejaremos internándonos un poco y seguiremos bajando en busca del llano.

—¿En qué te fundas para proponer este itinerario?

—En uno lógico. Si usted fuese perseguidor en lugar, de perseguido, ¿qué cree usted que hubiese hecho el que huye?

—Pues... ¡Ah, ya comprendo! Lo lógico parece atravesar el río por este lado y marchar hacia la derecha.

—Justamente. Parece absurdo que el que huye de un sitio vuelva a buscar el mismo lugar como refugio. Yo no sé si esto estará al alcance de la mentalidad oriental, pero sí a la nuestra.

—¿No nos sorprenderán al atravesar?

—Tenemos que correr ese riesgo. Además, necesitamos saber si hay enemigos a la vista. Déjeme a mí probar.

Y antes de que el profesor pudiera detenerle, se arrojó al agua nadando hacia la orilla opuesta.

La travesía la realizó sin contratiempo alguno y sus compañeros le imitaron, reuniéndose con él poco después. Inmediatamente se internaron por un terreno desigual que descendía en línea oblicua. El camino era duro y sus fuerzas estaban muy quebrantadas, pero el miedo ponía alas en sus pies y poco a poco iban dejando atrás el teatro de sus recientes aventuras.

Dos horas más tarde, el profesor se detuvo, afirmando:

—Confieso que estoy rendido, Regís.

—Y todos, profesor. Esto es superior a lo normal. Creo que si encontrásemos un sitio propicio, deberíamos descansar hasta que salga el sol. No me parece que puedan localizarnos tan rápidamente.

Buscaron un refugio, aceptando como tal una hondonada en la que el viento había amontonado grandes masas de hojarasca.

Se metieron entre ellas, ocultaron sus cuerpos completamente a

una búsqueda poco minuciosa y momentos después quedaban dormidos profundamente.

Karus fue el primero en despertar. Sentía un calor demasiado vivo, quizá debido a la protección de las hojas y cuando asomó la cabeza por entre ellas observó con asombro que el sol se mostraba bastante alto.

—¡Por san Jorge! —murmuró—. Hemos dormido como lirones. Debe de ser más de mediado el día.

Se apresuró a llamar a sus compañeros, los cuales se asombraron como él de lo avanzado que estaba el sol y se dispusieron a reanudar la marcha.

Aquel sueño plácido les había causado grata sensación de alivio. Ahora se encontraban más fuertes y optimistas y veían el porvenir más claro, aunque el hambre aguijoneaba sus estómagos.

Recurriendo como siempre a las moreras satisfacieron un tanto su necesidad y orientándose por el sol continuaron la marcha.

El paisaje ahora se mostraba menos árido. El suelo más llano, aparecía a trechos cubierto de hierba; encontraban árboles a su paso y los pájaros eran más corrientes.

—Debemos estar alcanzando zonas más civilizadas —advirtió el criado.

—Lo que quiere decir que nos estamos metiendo en nuevos avisperos.

—Quizá, pero si le soy franco, creo que los prefiero. El monte es demasiado duro y solitario para pelear en él.

Encontraron varios arroyos en los que satisfacieron su sed y las junqueras que de vez en vez surgían a su paso les anunciaron la proximidad de un terreno pantanoso. En unos picachos descubrieron algunas cabras salvajes que fueron contempladas con envidia. De haber tenido armas apropiadas, las hubiesen disparado para procurarse un poco de carne fresca.

Otro descubrimiento les movió a caminar con más precaución. Acababan de descubrir unos arrozales y esto les avisaba que no tardarían mucho en tropezar con gente que podía resultar peligrosa.

Procurando ocultarse entre los desniveles del terreno, avanzaron con cautela y cuando Regis descubrió una loma bien tupida de árboles hizo señas a sus compañeros para que esperasen y la escaló

para echar un vistazo al oculto paisaje.

A menos de quinientos metros y al amparo de un áspero farallón de tierra amarillenta, descubrió un tosco edificio de adobe y un tejado cónico de paja de arroz. Un detalle peculiar le anunció la clase de edificio descubierto. Se trataba de un empírico molino y las aspas que sobresalían de la fachada principal se movían lánguidamente a la fuerza del viento.

Una senda estrecha que se perdía más allá entre los árboles, conducía al molino y a la puerta, se veían trabadas tres pequeñas mulas con algunos sacos cargados sobre el lomo.

Dos chinos de estatura regular, pero de edad bastante avanzada pugnaban por descargar los sacos, mientras otro chino que debía ser el molinero, les indicaba con la mano el lugar donde debían dejar las mercancías.

Regís permaneció en el árbol esperando el final de la descarga.

Pero los dos chinos una vez cumplida su misión, se adentraron en el molino dejando fuera las mulas sin señales de tener prisa en ausentarse.

Regis, después de estudiar el caso, tomó una decisión. Si les era posible sorprenderles, podían apropiarse de las caballerías, cosa que facilitaría la fuga pues ya estaban destrozados de tanto caminar.

Descendió del árbol apresuradamente y después de dar cuenta a sus compañeros de lo descubierto, dijo:

—Creo que debemos darnos prisa en llegar al molino. Si lo hacemos antes de que se den cuenta, llevaremos ganada una gran parte. Preparen los revólveres, pues aunque no nos sirvan de nada, cuando menos valdrán para causarles miedo.

Avanzando rápidamente, guiados por Regís, pronto salieron a terreno llano, dando vista al molino. Las caballerías seguían pacientes a la puerta y fuera no había señal alguna de enemigos.

Preparó el revólver y haciendo señas a sus compañeros, avanzó decidido hacia la puerta.



...los dos chinos se lanzaron sobre el molinero, entablado con él...

De dentro salía un rumor agrio y chillón de voces. Sin duda los portadores de los sacos discutían con el molinero por cuestión del molido de los sacos.

Regís se quedó un momento parado en la puerta, oculto en la sombra, teniendo detrás al profesor y a Kao y cuando se disponía a actuar, los dos chinos se lanzaron sobre el molinero, entablado con

él una feroz pelea.

Pronto salieron a relucir los cuchillos y uno de ellos acertó a clavar el suyo en el pecho del dueño del molino, haciéndole caer en tierra ensangrentado.

Luego gritó algo a _su compañero. Regis no pudo captar bien el lenguaje silbante del asesino, pero sí lo suficiente para oírle hablar de buscar el lugar donde el muerto guardaba el producto de su trabajo.

Regis se indignó ante la rapiña de aquellos dos desalmados y de un salto cayó sobre el que había herido al molinero, aplicándole un horrible culatazo en la pelada cabeza, que le dejó sangrando en el suelo como un cerdo.

Su compañero se revolvió, tratando de repeler la agresión, pero ya el profesor había caído sobre él, sujetando ferozmente su muñeca y doblándole el brazo hacia atrás hasta obligarle a soltar el peligroso cuchillo.

El chino chillaba como una rata y se revolvía furioso, pero entre los tres le redujeron a la impotencia, atándole con unas cuerdas que encontraron en el suelo.

Regis se acercó a prisionero y con duro acento, preguntó:

—Vamos a ver, granuja; quiero que me expliques qué hacáis aquí y por qué habéis matado a ese infeliz.

El chino guardó un hosco silencio y Regis, que sabía aplicar los medios persuasivos de los hijos de Occidente, tomó el cuchillo y lo apoyó en su garganta, apretando un poco hasta hacer brotar la sangre.

Ante aquellos medios tan persuasivos, el prisionero cantó. Se trataba de dos merodeadores que habían sorprendido a dos cultivadores de arroz que llevaban sus sacos al molino y después de deshacerse de ellos, se habían presentado allí con intención de dejar el arroz que les estorbaba y robar al molinero el producto de su trabajo para después huir con las caballerías.

Regis, aunque profesaba la teoría de que cuantos menos chinos hubiese en el mundo, mejor, no pudo reprimir su indignación y levantando el puño, lo aplicó al rostro del bandido, dejándole sin sentido.

Después consultó con sus, compañeros lo que debían hacer. Si

aquellos bandidos habían cometido un crimen y un robo, posiblemente les andarían buscando y corrían el peligro de ser apresados, no sólo por ellos mismos, sino por la hazaña de aquellos dos indeseables.

—Lo que conviene hacer es largarse cuanto antes de aquí —indicó el profesor—. Las mulas nos pueden ser útiles, y si encontramos algunos comestibles, nos servirán para facilitarnos la huida.

Kao se apresuró a verificar un registro, mientras Regis tuvo una inspiración.

El traje de aquel bandido podía serle útil para cambiarlo por el suyo todo destrozado. También el profesor podía substituir el suyo por uno que aparecía colgado de un clavo en una estancia que se abría a su derecha y en cuanto a Kao, menos andrajoso, si no encontraban más ropa, tendría que conformarse con lo puesto y esperar una ocasión más propicia para cambiar su atuendo.

A toda prisa, hicieron el trueque de vestidos y poco después regresaba Kao, portando algunas tiras de un tasajo ahumado que debía ser pescado y dos latas de habas y una de harina.

No encontrando ninguna otra cosa aprovechable, se disponían a abandonar el molino, cuando Kao, que acababa de asomarse a la puerta, retrocedió lanzando un grito de espanto.

El profesor y Regis se apresuraron a asomarse fuera y tampoco pudieron reprimir una exclamación de rabia. A menos de cincuenta metros, una partida de chinos montados a caballo, avanzaban en tropel hacia el molino.

Se trataba de una docena y todos aparecían armados. Regis calculó la distancia por si era posible montar en las mulas y emprender la huida, pero pronto desistió de su proyecto. Frente a enemigos armados con revólveres y rifles, aquello era una locura.

Los chinos divisaron a los tres aventureros y lanzando gritos de alegría, espolearon sus caballos y Regis, viendo que se encontraban perdidos se apresuró a cerrar la puerta.

Ésta, bastante sólida, poseía una enorme tranca que se atravesaba sobre unos soportes imposibilitando forzar la entrada fácilmente. Aquello constituía un alivio, pero no una salvación.

—¡Estamos copados!

FIN

La Novela Fantástica

LUCHAS TITANICAS ENTRE COMBATIENTES INTERPLANETARIOS
FANTASTICOS VIAJES A TRAVES DE LOS ESPACIOS SIDERALES

La Novela Fantástica

AVENTURAS INSOSPECHADAS EN LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA
HOMBRES DE ACERO QUE MANEJAN EL RAYO DE LA MUERTE

La Novela Fantástica

LA PREHISTORIA Y EL FUTURO MAS DESLUMBRADOR, HERMA-
NADOS EN LAS PAGINAS DE ESTA COLECCION EXTRAORDINARIA



TITULOS PUBLICADOS:

Los hombres de las orejas largas
La ciudad subterránea
Los hijos de la Luna
Lucha en Saturno
La isla sumergida
El rayo invisible

Una novela con sugestivas ilustraciones y portada a todo color: **DOS PESETAS**
De venta en quioscos y librerías o directamente a **Editorial BRUGUERA-Proyecto, 2 Barcelona**



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».